

EL OJO CRÍTICO



José
Lois
Estévez

El reparto del Mundo. *Por José Lois Estévez*

Schiller es uno de mis poetas líricos predilectos. Su estilo me seduce. Tiene para mí el mérito singular de conservar en su madurez una fiel representación de la educación en el seno de su familia. De su padre, militar, recibió un alto sentido del honor y de la disciplina, fortalecidos ambos por su afición a Plutarco. De su madre, de excepcional instrucción y vivísima sensibilidad, aprendió el deleite de la lectura y el culto animoso por superar la vulgaridad.

Otras muchas personas dejaron huella en su mente inquisitiva, desvivida por adquirir nuevas perfecciones. No se mostró, por eso, indiferente ante la ética de Kant, por la que experimentaba inocultable admiración, aunque se sentía incapaz de llegar tan lejos, como lo declaraba en su famoso epigrama: “Me complace favorecer a mis amigos; pero, al hacerlo inspirado por el cariño, me acusa la conciencia de estar faltando a mi deber”.

Otra persona sumamente influyente en la vida de Schiller fue Carlota Lengefeld, con quien contrajo matrimonio y a quien permaneció siempre estrechamente unido. Entre otras muchas cosas que le debe, no fue la menos importante el trato con Goethe, que revela la perspicacia de la esposa, al percatarse del valor que tendría la colaboración entre los dos poetas, con mayor trascendencia aún para el primero, al cual las sugerencias idealistas de su joven amigo significaron un gran impulso estético, como lo revela el más inspirado de sus poemas, Hermán y Dorotea, en melodioso sexámetros.

También dejó poso en Schiller Guillermo Humboldt, quien, al publicar la correspondencia entre los dos príncipes de la literatura alemana, en su Advertencia preliminar supo revelar la más auténtica intimidad de Schiller.

El rumbo que trazó Schiller fue otro bien diferente: preferencias de amor que lo allanan todo

Entre los aciertos poéticos del intérprete, quiero referirme al que sirve de título a este artículo, que es una fórmula singular de hacer alusión emocional al problema de la Justicia. Con su genialidad, Schiller concibe la Justicia como en lo que se cifra realmente: En repartir el mundo entre los hombres. Imagina que Júpiter, desde su trono en las alturas, les dice: “Tomad el mundo, os lo cedo en herencia y feudo eterno. Sólo os pongo una condición: Que lo repartáis como hermanos”.

Se han tratado de señalar a lo largo de los siglos recetas prácticas que pudieran servir para resolver el reparto de los bienes terrenos de un modo tal que nadie pudiera sentirse perjudicado. ¡Qué más quisiera el hombre que brindar solución convincente a esta pregunta! ¿Busca otra cosa la Política, tras largos milenios de esfuerzos denodados, sin resultado alguno? “La Justicia –decía Demócrito– consiste en hacer lo que se debe hacer, la injusticia en no hacer lo debido, prescindiendo de lo que uno siente como bueno”.

Fue otro gran poeta, Simónides de Ceos, quien creyó haber llegado más cerca de la solución: “Estriba la Justicia en dar lo suyo a cada cual”. Lo difícil era saber lo que debía adjudicarse a cada uno. Ya ello quisieron responder con todo su ingenio Platón y Aristóteles. Platón creyó posible hacerlo situando a cada hombre como parte de una comunidad, y en relación con toda ella. Lo importante era conseguir que cada uno rindiera más a los demás; por eso cifraba la Justicia en colocar a todos en la posición social más fructífera.

El secreto de Aristóteles era matematizar la Justicia. Pero no disponía del algoritmo adecuado. Necesitaba pasar de constantes a variables, y de divisores aritméticos al cálculo diferencial e integral. No se trataba de dividir bienes de una familia, sino toda la producción cambiante de un país entre toda su población casi tan variable. Había que conocer cosas tales como la derivada de un cociente.